

Un nuevo caso del detective Jackson Brodie

Kate Atkinson

Me desperté
temprano
y saqué
al perro



Lumen

Tesoro

9 de abril de 1975

Leeds, «Ciudad-autopista de los setenta». Un eslogan lleno de orgullo. Sin asomo de ironía. En algunas calles todavía parpadea la luz de gas. Así es la vida en una ciudad del norte.

Los Bay City Rollers en el número uno. Bombas del IRA por toda la región. Margaret Thatcher es la nueva líder del Partido Conservador. A principios de mes, en Albuquerque, Bill Gates funda lo que se convertirá en Microsoft. A fin de mes, Saigón cae ante el ejército norvietnamita. El programa *The Black and White Minstrel Show* todavía se emite en la televisión y John Poulson sigue en la cárcel. «By Bye Baby, Baby Goodbye». En medio de todo aquello, la única preocupación de Tracy Waterhouse era el agujero en una puntera de las medias. Con cada paso que daba se hacía más grande y eran recién estrenadas.

Les habían dicho que era en el piso quince del edificio de apartamentos de Lovell Park y, cómo no, los ascensores no funcionaban. Los dos agentes de policía subían por las escaleras entre jadeos y resoplidos. Cuando ya se acercaban a la cima, tenían que descansar en cada rellano. La agente Tracy Waterhouse, una chica grandota y desgarbada recién salida del período de prueba, y el agente Ken Arkwright, un blanco corpulento de Yorkshi-

re con un corazón que era pura grasa, estaban ascendiendo el Everest.

Ambos verían los inicios de la fiebre asesina del Destripador, pero Arkwright se jubilaría mucho antes de que llegara a su fin. Aún no habían capturado a Donald Neilson, la Pantera Negra de Bradford, y es probable que Harold Shipman hubiese empezado ya a matar a pacientes lo bastante desafortunados para caer en sus manos en el Pontefract General Infirmary. Así era West Yorkshire en 1975, un lugar lleno de asesinos en serie.

Tracy Waterhouse aún estaba un poco verde, aunque no lo habría admitido. Ken Arkwright había visto más que la mayoría de la gente, pero seguía siendo paternal y optimista, un buen poli para que una novata trabajara bajo su tutela. Había manzanas podridas en el cesto: la negra nube de la muerte de David Oluwale todavía proyectaba una larga sombra sobre West Riding, pero Arkwright no se encontraba debajo de ella. Podía mostrarse violento cuando era necesario, y a veces cuando no lo era, pero no discriminaba por motivos de raza a la hora de recompensar o castigar. Y las mujeres eran con frecuencia unas «frescas» y unas «guarras», pero había ayudado a unas cuantas chicas de la calle, dándoles dinero y cigarrillos, y quería a su mujer y a sus hijas.

Pese a los ruegos de sus profesores de que siguiera con los estudios e «hiciera algo con su vida», Tracy había abandonado la escuela a los quince años para hacer un curso de taquigrafía y mecanografía e ir derecha a las oficinas de la empresa textil Montague Burton, ansiosa por poner en marcha su vida adulta. «Eres una chica lista —le había dicho el tipo de personal ofreciéndole un cigarrillo—. Podrías llegar lejos. Nunca se sabe, algún día qui-

zá llegas a ser secrepé del mandamás.» Tracy no sabía muy bien qué quería decir con «mandamás». Y tampoco lo tenía muy claro con «secrepé». El tipo se la había comido con los ojos.

A los dieciséis, nunca la había besado un chico, nunca había tomado vino, ni siquiera Blue Nun. Nunca había comido aguacate ni visto una berenjena, nunca había viajado en avión. En aquellos tiempos todo era distinto.

Se compró un abrigo de tweed en Etam y un paraguas nuevo. Lista para lo que fuera. O tan lista como llegaría a estarlo nunca. Dos años después estaba en la policía. Nada podría haberla preparado para eso. «Bye Bye, Baby.»

Le preocupaba no ser capaz de marcharse de casa. Se pasaba las veladas delante del televisor con su madre mientras el padre bebía, moderadamente, en el club de conservadores de la zona. Juntas, Tracy y su madre, Dorothy, veían *El show de Dick Emery* o *Step toe e hijo* o a Mike Yarwood imitando a Steptoe y su hijo. O a Edward Heath, que sacudía los hombros al reírse. Debió de ser un día triste para Mike Yarwood cuando Margaret Thatcher se hizo con el poder. Un día triste para todo el mundo. Tracy nunca había entendido la atracción que ejercían los imitadores.

El estómago le rugió como un tren. Llevaba una semana con una dieta a base de requesón y pomelo. Se preguntó si era posible morir de inanición cuando se seguía teniendo sobrepeso.

—Por los clavos de Cristo —jadeó Arkwright, inclinándose para apoyar las manos en las rodillas, cuando por fin llegaron al piso quince—. Antes era ala de rugby, lo creas o no.

—Ah, bueno, ahora no eres más que un tipo gordo y viejo —respondió Tracy—. ¿Qué número es?

—El veinticinco. Al fondo.

Un vecino había hecho una llamada anónima para denunciar el mal olor («una peste tremenda») procedente de ese apartamento.

—Ratas muertas, probablemente —dijo Arkwright—. O un gato. ¿Te acuerdas de los dos perros de aquella casa de Chapel-town? Oh, no, eso fue antes de que tú llegaras, nena.

—He oído hablar de eso. Un tipo se largó y los dejó sin comida. Acabaron comiéndose mutuamente.

—No se comieron mutuamente —corrigió Arkwright—. Uno de ellos se comió al otro.

—Eres un maldito pedante, Arkwright.

—¿Un qué? Soy un vulgar caradura. Bueno, allá vamos, colega. Joder, Trace, se huele desde aquí.

Tracy Waterhouse pulsó el timbre de la puerta con el pulgar y no lo retiró. Bajó la vista hacia los feos zapatos reglamentarios, negros y de cordones, y meneó los dedos en las feas medias negras reglamentarias. El dedo gordo ya le asomaba por el agujero y una carrera ascendía hacia una de sus grandes rodillas de futbolista.

—Será algún viejo que lleva semanas ahí fiambre —dijo—. Los aborrezco.

—Yo aborrezco a los que se tiran al tren.

—Yo a los críos muertos.

—Sí, eso es lo peor —convino Arkwright. Los críos muertos ganaban de calle, siempre.

Tracy retiró el pulgar del timbre y probó a hacer girar el pomo de la puerta. Estaba cerrada con llave.

—Ah, caray, Arkwright, ahí dentro apesta. Sea lo que sea, no se levantará ni saldrá caminando, eso seguro.

Arkwright aporreó la puerta y exclamó:

—Hola, es la policía, ¿hay alguien ahí dentro? Mierda, Tracy, ¿oyes eso?

—¿Moscas?

Ken Arkwright se agachó y miró a través del buzón.

—Oh, Dios mío...

Se apartó del buzón tan deprisa que lo primero que pensó Tracy fue que alguien le había rociado los ojos con algo. Le había pasado a un sargento unas semanas antes, un chiflado con una botella de jabón líquido llena de lejía. Había sido la causa de que todo el mundo dejase de mirar por los buzones. Sin embargo, Arkwright se puso en cuclillas, volvió a levantar el buzón y empezó a hablar con tono tranquilizador, como haría uno con un perro nervioso.

—Tranquilo, tranquilo, no pasa nada. ¿Está tú mamá ahí? ¿O tu papá? Vamos a ayudarte. No pasa nada. —Se incorporó y se dispuso a echar la puerta abajo. Arrastró los pies, exhaló aire por la boca y le dijo a Tracy—: Prepárate, nena, esto no va a ser agradable.

Seis meses antes

Una tarde fría en las afueras de Munich. Grandes y perezosos copos de nieve caían como confeti blanco sobre el capó del coche de fabricación alemana y aspecto anodino.

—Bonita casa —comentó Steve. Era un tipo un poco chulo y que hablaba demasiado. Seguramente no se llamaba Steve—. Una casa grande —añadió.

—Sí, una casa grande y bonita —repuso él, más que nada por hacer callar a Steve.

Una casa grande y bonita y rodeada, por desgracia, por otras casas grandes y bonitas, en la clase de calle que tenía vecinos vigilantes y alarmas antirrobo diseminadas como brillantes forúnculos en las paredes. Un par de las más grandes y bonitas contaban con puertas de seguridad y cámaras instaladas en los muros.

La primera vez se echa un vistazo, la segunda se presta atención y la tercera se hace el trabajo. Esa era la tercera vez.

—Un poco germánica para mi gusto, por supuesto —añadió Steve, como si tuviera a su disposición la cartera entera de las propiedades inmobiliarias europeas.

—A lo mejor tiene que ver con el hecho de que estemos en Alemania —respondió él.

—No tengo nada contra los alemanes —prosiguió Steve—. Tuvimos un par en el Deuxième. Buenos chicos. —Tras unos segundos de contemplación, añadió—: Buena cerveza. Y buenas salchichas.

Steve comentó que había estado en los paracaidistas; al licenciarse, descubrió que no soportaba la vida de civil, y se alistó en la Legión Extranjera francesa. «Uno se cree duro, y entonces averigua qué significa ser duro de verdad.»

Vale. ¿Cuántas veces había oído aquello? En sus tiempos había conocido a varios tipos de la legión, ex militares que escapaban del punto muerto de la vida civil, desertores de divorcios y litigios por paternidad, fugitivos del aburrimiento. Todos ellos huían de algo, ninguno acababa de ser el proscrito que imaginaba ser. Desde luego Steve no lo era. Esa era la primera vez que ha-

cían un trabajo juntos. El tipo era un poco agresivo y gilipollas, pero no estaba mal, prestaba atención. No fumaba en el coche, no quería escuchar emisoras de radio de mierda.

Algunos de esos sitios le recordaban a las casitas de chocolate y caramelo, hasta en el azúcar glas de la nieve que bordeaba tejados y canalones. Había visto una de esas casas de repostería a la venta en el mercado de Christkindl en que habían pasado la velada anterior, paseando por la Marienplatz, bebiendo *Glühwein* en tazas navideñas, con todo el aspecto de turistas corrientes. Habían tenido que dejar una fianza por las tazas, por lo que se había llevado la suya de vuelta al Platzl, donde se alojaban. Un regalo para su hija Marlee cuando volviera a casa, aunque probablemente arrugaría la nariz al verla o, peor incluso, le daría las gracias con indiferencia y no volvería a mirarla.

—¿Hiciste aquel trabajo en Dubai? —quiso saber Steve.

—Sí.

—He oído decir que el asunto acabó mal, ¿no?

—Ajá.

Un coche dobló la esquina y ambos miraron instintivamente sus relojes. Pasó de largo. No era el coche que esperaban.

—No son ellos —dijo Steve sin que hiciera falta.

Una de las ventajas era que el largo sendero de entrada describía una curva más allá del portón y estaba bordeado por un montón de matorrales, de forma que no se veía la casa desde la calle. No había iluminación de seguridad, ni luces con sensores de movimiento. La oscuridad era la amiga de los agentes encubiertos. Hoy no, estaban haciendo eso a la luz del día, pero la luz no era ni plena ni brillante, porque la tarde llegaba a su fin. El día declinaba.

Otro coche dobló la esquina, esta vez era el que esperaban.

—Ahí viene la niña —dijo Steve en voz baja.

Tenía cinco años, el cabello liso y negro y grandes ojos castaños. No tenía ni idea de lo que estaba a punto de ocurrirle. «La cría paqui», la llamaba Steve.

—Es egipcia. A medias —corrigió él—. Se llama Jennifer.

—No soy racista.

Vaya.

La nieve seguía cayendo, en copos que se pegaban durante un segundo al parabrisas antes de fundirse. Lo asaltó el repentino e inesperado recuerdo de su hermana entrando en casa, riendo y sacudiéndose flores de la ropa, del cabello. Pensó en la ciudad en que ambos crecieron, un sitio sin árboles, y sin embargo así aparecía ella en el recuerdo, como una novia, con una lluvia de pétalos como rosadas huellas dactilares contra el velo oscuro de su cabello.

El coche enfiló el sendero y desapareció de la vista. Él se volvió para mirar a Steve.

—¿Listo?

—Al pie del cañón —repuso Steve poniendo en marcha el motor.

—Recuerda, no le hagas daño a la niñera.

—A menos que no me quede más remedio.

Miércoles

—Cuidado, el dragón anda suelto.

—¿Dónde?

—Ahí. Acaba de pasar por delante de Greggs.

Grant señaló la imagen de Tracy Waterhouse en uno de los monitores. El aire en la sala de control de seguridad siempre estaba enrarecido. Fuera hacía un precioso día de mayo, pero dentro el ambiente era como el de un submarino que llevase demasiado tiempo sumergido. Se acercaba la hora de comer, el momento más ajetreado del día para los que robaban en las tiendas. La policía andaba todo el día entrando y saliendo, todos los días. En aquel instante había una pareja de agentes, muy bien provistos con los abultados cinturones, chalecos a prueba de navajazos y camisas de manga corta, «escoltando» a una mujer hacia la salida de Peacocks, con las bolsas llenas de prendas que no había pagado. A Leslie le entraba sueño cuando miraba los monitores. A veces hacía la vista gorda. No todo el mundo era un criminal estrictamente hablando.

—Vaya semana —comentó Grant haciendo una mueca—. Vacaciones de medio trimestre en los colegios y los bancos hacen fiesta. Va a ser un absoluto desastre. Una carnicería.

Grant estaba mascando un Nicorette como si su vida dependiese de ello. Tenía una mancha en la corbata. Leslie se planteó si debía mencionarle la mancha. Decidió no hacerlo. Parecía sangre, pero era más probable que fuese ketchup. Tenía un acné tan terrible que parecía radiactivo. Leslie era guapa y menuda y se había licenciado en ingeniería química por la Universidad de Queen en Kingston, Ontario, y el empleo como guardia de seguridad en el centro comercial Merrion de Leeds suponía un breve cambio de dirección, no del todo desagradable, en el viaje de su vida. Estaba inmersa en lo que su familia llamaba su «gira mundial». Había estado en Atenas, Roma, Florencia, Niza, París. No era exactamente el mundo entero. Había ido a Leeds a visitar a unos parientes, y decidió quedarse a pasar el verano después de enrollarse con un

posgraduado en filosofía llamado Dominic, que trabajaba en un bar. Leslie había conocido a sus padres cuando acudió a una comida en su casa. La madre de Dominic le calentó una ración individual de lasaña vegetariana de Sainsbury's mientras los demás comían pollo. La madre se puso a la defensiva: le preocupaba que Leslie se llevara a su hijo a un continente lejano y que todos sus nietos tuviesen acento raro y fueran vegetarianos. Leslie quiso tranquilizarla, decirle «Solo es un romance de verano», pero probablemente aquello tampoco le habría sentado muy bien.

«Leslie con “ie”», tenía que recordarle a todo el mundo en Inglaterra, porque lo pronunciaban «Lesley». «¿Seguro», preguntó la madre de Dominic, como si la misma Leslie fuese un error de pronunciación. Trató de imaginarse llevando a Dominic a conocer a su propia familia, presentándoselo a sus padres; qué poco impresionados quedarían. Echaba de menos su casa, el piano Mason & Risch en el rincón, a su hermano, Lloyd, su vieja golden retriever, Holly, y su gato, Mitten. No necesariamente en ese orden. En verano, su familia alquilaba una casita en el lago Hurón. No podía ni empezar a explicarle esa otra vida a Grant. Tampoco es que quisiera hacerlo. Grant la miraba todo el rato cuando creía que ella no lo veía hacerlo. Estaba desesperado por acostarse con ella. No dejaba de ser divertido, en realidad. Preferiría clavarse cuchillos en los ojos.

—Ha pasado de largo el gimnasio Workout World —dijo Grant.

—Tracy es buena gente —repuso Leslie.

—Es una nazi.

—No, no lo es. —Ella tenía la vista puesta en un grupo de adolescentes con sudaderas de capucha que merodeaba ante la óptica Rayners. Uno de ellos llevaba alguna clase de máscara de

Halloween. Le sonrió a una anciana, que se encogió al verlo—. Siempre andamos juzgando —añadió como si se tratara de una broma privada.

—Atentos —dijo Grant—. Tracy está entrando en Thornton's. Querrá completar sus raciones del día.

A Leslie le caía bien Tracy, una siempre sabía a qué atenerse con ella. No se andaba con gilipolces.

—Es una gorda de la hostia —añadió Grant.

—No está gorda, solo es grandota.

—Ya, eso dicen todas.

Leslie era menuda y delicada. Un pajarito, la chica más frágil que podía haber, en opinión de Grant. Era especial. No como esas putillas que rondaban por ahí.

—¿Seguro que no quieres ir a tomar una copa después del trabajo? —preguntó, siempre esperanzado—. A una coctelería en el centro, un sitio sofisticado para una damisela sofisticada.

—Atentos —dijo Leslie—. Unos chavales con mala pinta acababan de entrar en City Cyber.

* * *

Tracy Waterhouse salió de Thornton's metiendo las provisiones en el bolso feo y grande que llevaba cruzado en bandolera sobre el generoso pecho. Trufas vienasas, el lujo que se concedía a mediados de semana. Patético, en realidad. Otros iban al cine por las noches, a restaurantes, pubs o salas de fiestas, visitaban a los amigos, tenían relaciones sexuales, pero Tracy ansiaba arrellanarse en el sofá a ver *Tienes talento* con una bolsa de trufas vienasas de Thornton's. Y un pollo *bhuna* que iba a comprar de camino a

casa y a zamparse con un par de latas de Beck's. O tres o cuatro, aunque fuera miércoles. Un día lectivo, aunque hacía más de cuarenta años que Tracy no asistía al colegio. ¿Cuándo era la última vez que había cenado con alguien en un restaurante? ¿Un par de años atrás, con aquel tipo de la agencia de contactos, en el Dino's de Bishopsgate? Recordaba qué había pedido ella —pan de ajo, espaguetis y albóndigas, seguidos por un flan—, y sin embargo no se acordaba del nombre del tipo.

—Eres una chica grandota —comentó él cuando se encontraron para tomar una copa en Whitelock's.

—Sí, lo soy —contestó Tracy—. ¿Buscas pelea o qué?

A partir de ahí todo fue cuesta abajo, en realidad.

Entró en Superdrug a comprar Advil para el dolor de cabeza con que despertaría al día siguiente por culpa de las Beck's. La chica de la caja ni siquiera la miró. Eso era servicio con cara de pocos amigos. En Superdrug era muy fácil robar, había montones de cosas a mano que meterse en el bolso o en un bolsillo: barras de labios, pasta de dientes, champú, Tampax; difícilmente podía culparse a la gente por robar, era casi como si la invitaran a hacerlo. Tracy echó un vistazo a las cámaras de seguridad en torno a ella. Sabía que había un punto ciego justo en la sección de esmaltes de uñas. Podías coger todo lo necesario para un año entero de manicuras y nadie se enteraría. Posó una mano protectora en su bolso. Contenía dos sobres llenos de billetes de veinte, cinco mil libras en total, que acababa de sacar de su cuenta en el Yorkshire Bank. Le gustaría ver a alguien tratando de birlarle ese dinero: estaba deseando hacerlo papilla con las manos desnudas. Se dijo que el sobrepeso no tenía sentido si una no estaba dispuesta a derrocharlo por ahí.